



## EDITORIAL

En nuestro mundo existe una alarmante situación de crisis. Algunos pretenden derivarla de una falta de autoridad, otros creen que su origen es mucho más profundo, la disfunción estructural. Procedimientos, ayer eficaces, hoy resultan estériles; sistemas que fueron éxitos, a todo lo largo de la historia, en la actualidad se demuestran desastrosos métodos; de gran seguridad y rendimiento, fracasan. ¿Qué ocurre? De los tres factores históricos de Alfred Weber —cultura, civilización y economía— el primero se ha rezagado. La situación actual tiene muy poco que ver con la pasada. Los problemas de un mundo con tecnología creciente y población concentrada en gigantescas aglomeraciones, no son los de una época rural, estática y dispersa. Los males originados por la pobreza —incapacidad material de solución— no resultan semejantes a los producidos por una deficiente distribución —incapacidad social de solución. Los primeros no tienen cura verdadera; los segundos no tienen disculpa posible.

Nuestra generación se halla ante contrasentidos, absurdos e increíbles: la presencia simultánea de fuerzas opuestas carentes de anulación, exceso y defecto sin tendencia al equilibrio. Hambre con excedentes agrícolas, subconsumo y crisis de plétora, superproducción e incapacidad industrial. Mientras nos creemos en la era de la democracia, las desigualdades, entre naciones y gentes, aumentan sin fin. Estos, más otros efectos negativos, no se producen, evidentemente, como consecuencia de ninguna crisis de autoridad.

La caótica situación del urbanismo en todas las ciudades occidentales —París, Londres, Tokio, Los Angeles, Buenos Aires— y las dificultades inevitables que, obligatoriamente, se derivan del mercado libre del suelo, tampoco son un problema de autoridad. Más bien parecen todo lo contrario: el resultado lamentable de una institución caduca, sostenida por la fuerza.

Se intenta hoy una reforma, básica y profunda de los hechos. Conocemos la dificultad del trabajo, el cúmulo de intereses creados y la eficacia limitada de unos medios que se pierden entre derechos adquiridos, probablemente más legales que justos, o trámites complejos, quizás menos eficaces que tradicionales. El problema del suelo, inexcusablemente previo en el urbanismo, posee raíces más profundas de lo que pueda pensarse.

La estructura está superada. Queda lo más arduo: reformarla; compaginar el ejercicio de los derechos difícilmente hermanables, el de propiedad, que detentan algunos y, el de la ciudad, que poseemos todos.